

Sección Oficial Diocesana

Documentos Episcopales.

CIRCULAR

El Rosario en familia

Es Su Santidad Pío XII (6 Octubre 1941) quien describe así el Rosario en familia:

«El Rosario de los niños, que entre sus deditos, todavía inexpertos, corren las cuentas de los dieces y aprenden a amar a la Madre del Cielo;

«el Rosario de la madre de familia, tal vez obrera o campesina, que, agobiada por el trabajo del día, hurta unos minutos al sueño para pasarlos a los pies de Nuestra Señora;

«el Rosario del padre de familia, que lleva consigo el Rosario al lado de la pluma estilográfica y del cuadernito de negocios;

«el Rosario, en suma, de la familia entera rezado en común, entre todos, pequeños y grandes, que reúne por la noche a los pies de la Virgen, a los que el trabajo del día había separado;

«que los reúne con los ausentes y los desaparecidos, cuyo recuerdo se aviva en una oración fervorosa;

«que consagra de esta manera el lazo que los une a todos bajo la protección materna de la Virgen Inmaculada».

¿Porqué el Papa: siguiendo la trayectoria de sus predecesores, entre los cuales León XIII, tan insigne en varios órdenes pasa a la historia con el nombre de Papa del Rosario, insiste tanto en el rezo del Rosario en familia?

El Rosario es oración, compuesta del Padre Nuestro, enseñado por el mismo Jesucristo, y del Ave María, que contiene la salutación del Angel a la Sima. Virgen, completada con palabras de Sta. Isabel y de la Iglesia.

Como oración tiene la eficacia de un acto de religión y de inclinar la misericordia de Dios y el amor de la Stma. Virgen a otorgarnos las gracias que les pedimos.

Ahora bien, la consideración de los misterios de Jesús y de María aviva esa fe; nos compenetra con su doctrina, hace que la vivamos, incorporándola a nuestro corazón.

El amor de Dios a los hombres, manifestado en la Encarnación del Verbo; la humildad, la pureza y santidad del Hogar de Nazareth, el olvido de sí para atender al consuelo y ayuda del prójimo, el comprender que Dios asigna a cada uno su destino o vocación en la tierra, que ha de seguir sin consideración a miras puramente humanas; son lecciones que fluyen de los misterios gozosos, con los cuales se compenetra el alma, que un día y otro los contempla y se los asimila.

Y en los misterios dolorosos se amplía esa visión de la fe con la consideración de la justicia de Dios, que pide reparación; con la idea de la gravedad del pecado, que ofende a Dios y nos separa de El; con el conocimiento del amor infinito y misericordia infinita del Hijo de Dios, que para redimirnos y satisfacer por nuestras culpas y para glorificar al Padre y orar por nosotros y merecernos el perdón y la santificación y la gloria, entrega su vida en la Cruz en medio de inmensos dolores. Y contemplamos también cómo María, su Madre, presente en el Calvario, se asocia voluntariamente a la oblación y sacrificio de su Hijo, y traspasado su Corazón con la espada, según le había profetizado el anciano Simeón, es verdaderamente co-redentora nuestra, constituida Madre espiritual de todos nosotros.

Y el horizonte de la fe se extiende infinitamente ante las perspectivas de la Resurrección y Gloria del Señor, de la venida del Espíritu Santo, santificador y gobernador de la Iglesia, y de la Asunción de María en cuerpo y alma a los cielos y de su inconmensurable gloria, superior a la de los más sublimes Angeles.

Esta asidua y amorosa consideración no puede menos de gravar en nuestra alma las verdades que constituyen el fondo de la doctrina de Jesucristo, y hacérnoslas siempre presentes, a fin de que sean guía de nuestra vida.

El rezo del santo Rosario será, pues, medio eficaz para

afianzar la fe de nuestros fieles, aun los más sencillos, y para defenderla de las asechanzas de los que de modo solapado tratan en nuestros días y en nuestra misma Diócesis de destruirla.

Y no menos que la fe se aviva la esperanza, elevando nuestros corazones a las regiones de lo divino y celestial, tanto en el aprecio de las cosas que nos afectan en este mundo, como en las perspectivas que se nos abren en el otro. Y al considerar la infinita misericordia y amor de Dios y el poder de Jesucristo, que por su propia virtud resucitó y subió a los cielos y defiende y hace triunfar a la Iglesia a través de los siglos, y cómo por la omnipotencia divina resucitó también la Stma. Virgen y fué elevada en cuerpo y alma a los cielos: se aviva en nuestros corazones y se afianza la esperanza de que con la ayuda de Dios hemos de triunfar en la virtud y en el recto camino y alcanzar la futura gloria que nos espera. Y así podremos decir con el Apóstol que somos ya conciudadanos del cielo, que somos más del cielo que de la tierra, en la que nos hallamos como viajeros desterrados. Todo ello cambia las perspectivas de la vida. Sin dejar de ocuparnos de las cosas transitorias, les damos sólo el valor que realmente tienen como medios de conseguir las eternas.

¿Y qué diremos de la caridad, de cómo se acrecienta y enciende nuestros corazones mediante la consideración de los misterios del Rosario? ¿Quién no se mueve a amor de Dios, cuando contempla el que El nos demuestra en la Encarnación y en la Pasión y en la glorificación? ¿Y cómo no arder en amor a María, nuestra Madre, escogida por Dios para darnos al Redentor, asociándola a la redención del Calvario? ¿Cómo no compenetrarnos con su humildad y su pureza y su dignidad y no amarla por ser Ella tan sublime y digna de ser amada, como reflejo de la santidad y hermosura de Dios? Y con María y con Jesús extendemos nuestro amor al Patriarca San José, miembro también esencial de la Sagrada Familia, cuyas virtudes y dignidad reflejan también los misterios del Rosario.

Esta compenetración de amor a Dios y a la Sagrada Familia nos lleva a amar lo que ellos amaron. Toda la razón de ser de la Encarnación y de la Pasión, además del honor de Dios,

está en la redención y santificación y salvación de los hombres. Es, pues, todo el género humano redimido digno de ser amado con amor de caridad derivado del amor de Dios.

Y muy especialmente nos une el amor a todos los cristianos que por el bautismo son incorporados a Jesucristo y constituyen su Iglesia. Durante el rezo del Santo Rosario nuestro corazón se moverá a amor y compasión de tantos y tantos cristianos, hermanos nuestros: obispos, sacerdotes y religiosos y almas fieles, que hoy sufren indecibles calamidades en cárceles y destierros, como jamás se conoció en la historia de la humanidad. Nuestro recuerdo de amor nos mueve a interceder por ellos, a fin de que se abrevien los días de la tribulación.

Mas, en este mismo orden hallamos en la Iglesia otras muchas prácticas piadosas, también eficaces y gratas a Dios y a la Stma. Virgen.

Algún otro elemento habrá, pues, en el Rosario que incline a la Iglesia a darle la preferencia que hemos anotado.

La Stma. Virgen, que en Fátima exhortaba al rezo frecuente del Rosario y en su última aparición contesta a los niños que se lo preguntaban, que Ella es *Nuestra Señora del Rosario*, es la que nos dá la clave para entender por qué la Iglesia otorga tales preferencias y exhorta con tanta insistencia al rezo del Rosario y lo escoge como medio eficaz de apostolado.

La consoladora promesa de la Stma. Virgen del Rosario de Fátima, de que asistirá con especiales gracias en la hora de la muerte a los fieles que hayan practicado en su honor los Cinco Primeros Sábados de mes, va vinculada, además de la Confesión y Comunión reparadoras y del rezo de una tercera parte del Rosario, a la meditación de sus misterios, al menos durante un cuarto de hora. Es que la Stma. Virgen quiere que se vuelva al verdadero sentido del Rosario, que ella inspiró a Santo Domingo como medio de compenetración y de difusión del verdadero sentido de la vida cristiana por la meditación de sus misterios.

La meditación o consideración de los misterios de la vida, pasión y muerte y de la gloria del Señor, es tan esencial al Rosario como la recitación de sus oraciones. Así lo intentó Sto. Domingo al fundarlo. Así nos lo enseñan los Romanos Pontifi-

ces, que nos lo inculcan. Así nos lo dice la S^{ta}. Virgen en Fátima.

Los misterios de Jesucristo están íntimamente enlazados con los de la vida de la S^{ta}. Virgen, tanto en los gozosos, como también en los de la Pasión, a la que Ella va entrañablemente asociada, y también en los de Gloria, de la que es participante.

Como en tiempos de Santo Domingo, es también hoy necesaria la consideración de la vida de Jesús y María. No menos que entonces, y quizás con más extensión, se ha perdido, aun en los pueblos que se dicen cristianos, el sentido sobrenatural de la vida. Se tiene fe; pero una fe apagada, que no influye en la dirección práctica de la vida, que apenas se distingue de la de los que no tienen fe.

Particular eficacia de amor santo tiene la consideración de los misterios del Rosario para unir entre sí a los miembros de la familia que a diario se reúne para meditar estas verdades y para proclamar una y cincuenta veces a María llena de gracia y para pedirle que ruegue por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte.

¡Cómo se transforma y eleva el amor de los esposos, el amor de los padres y de los hijos y el amor de los hermanos, y aun el de los criados que, como antaño, se asocian a la familia en el rezo del Rosario! Amor de cielo, como injerto divino que transforma el amor humano y lo diviniza para que pueda perseverar eternamente.

Estas y otras de no menos valor son las razones que mueven a los Romanos Pontífices a proponernos el rezo del Rosario en familia, como medio de honrar a la S^{ta}. Virgen y de obtener su protección y de transformar en cristiana la vida de los pueblos, hoy tan disonante de la enseñada por Jesucristo y vivida por los cristianos de edades pasadas.

Tenemos los españoles una razón especial de intensificar la devoción y la práctica del Rosario. La del agradecimiento por su reciente protección. La historia transmitirá también a los siglos venideros los triunfos del Rosario en la Cruzada española y en la liberación de España del subsiguiente cerco internacional. Soldados en las chavolas y altos Jefes en los puestos

de mando y en la dirección de la nave española por entre los escollos y embravecidas olas internacionales, obtuvieron de la Stma. Virgen de las Victorias, con el rezo del Santo Rosario, la liberación de la patria y el mantenimiento de su independencia y de su personalidad,

Como en años anteriores: 1.º Ordenamos que desde el día 1.º de Octubre hasta el 2 de Noviembre se rece el santo Rosario, con la Letanía lauretana y la oración a San José, en todas las Iglesias Parroquiales.

2.º Facultamos para que en la función de la tarde se exponga solemnemente el Santísimo Sacramento en todas las Iglesias en que se rece el Rosario, ordenando que esto se haga en las Parroquias al menos los domingos y días de fiesta.

3.º Recomendamos que en cada Parroquia se celebre algún día del mes el tradicional y español Rosario de la Aurora, y que se tenga alguna Comunión general, especialmente de niños.

Salamanca, 20 de Septiembre de 1955,

† **Fr. Francisco, O. P.**

Obispo de Salamanca.

(Lease a los fieles en la forma acostumbrada).

CIRCULAR sobre el *DIA MISIONAL*, penúltimo domingo de octubre.

Por Rescripto de la S. C. de Ritos S. S. Pío XI se dignó encomendar al prudente juicio de los Ordinarios la celebración del *DIA MISIONAL* en la penúltima dominica de octubre con un día de oración, limosna y propaganda misional. Recordamos, por tanto, al Clero, tanto secular como regular y a las organizaciones católicas, la celebración del *DIA MISIONAL*; mandamos que se diga en todas las misas, como *COLECTA IMPERATA PRO RE GRAVI*, la oración *PRO PROPAGATIONE FIDELI*; exhortamos a que se dé a la predicación de este día carácter misional, particularmente de la *Obra de la Propagación de la Fe*, y de la *Obra de la Santa Infancia* para los niños, haciendo saber a los fieles que comulgando en dicho día y rogando por la conversión de los infieles, ganarán indulgencia plenaria aplicable a los difuntos. Todas las limosnas que se recauden

en la colecta que debe hacerse en todas las iglesias en dicho DIA MISIONAL, deben entregarse en el Secretariado Diocesano de Misiones, San Pablo, 19.

Salamanca, 20 de septiembre de 1955.

† El Obispo.

CIRCULAR sobre la FIESTA DE CRISTO REY, su preparación y colecta para la Acción Católica.

Su Santidad Pío XI por su Encíclica «Quas Primas» instituyó la fiesta de Cristo Rey, que debe celebrarse todos los años el último domingo de octubre, mandando que dicho día se haga la solemne consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús. El fin que se propuso el Papa al instituir la fiesta de la Realeza de Cristo es promover el reconocimiento del reinado social de Jesucristo y el adoctrinamiento de los fieles acerca del mismo. Por ello encarga a los Prelados que procuran que todos los años en todas las parroquias, varios días antes de la fiesta de Cristo Rey, se predique sobre la naturaleza, significación e importancia de la fiesta de la Realeza de Cristo Rey, a fin de que los fieles así instruidos, se conduzcan en su vida privada y pública de la manera que corresponde a los que confiesan la Realeza de Cristo Jesús. Ordenamos, por lo tanto, que en todas las parroquias, varios días antes del último domingo de octubre, se predique sobre la Realeza de Cristo Jesús.

Mandamos, igualmente, que en todas las parroquias el día de Cristo Rey se haga la consagración al S. Corazón de Jesús y el rezo de las Letanías del mismo ante el Santísimo Sacramento expuesto solemnemente, según la fórmula pontificia.

La fiesta de Cristo Rey es la fiesta principal de la Acción Católica en toda España. Deben sus socios celebrarla con especial entusiasmo y devoción. Los Sres. Párrocos y Consiliares de la misma aprovechen la ocasión de darla a conocer en sus predicaciones, exhortando a sus fieles a trabajar en ella, siguiendo los deseos del Romano Pontífice y del Episcopado español, de que no haya una sola Parroquia, por pequeña que sea, en que no se halle establecida en sus cuatro Ramas.

En todas las iglesias, según lo ordenado ya en años anteriores con carácter nacional, hágase en nuestra Diócesis una colecta en favor de la Acción Católica nacional, diocesana y parroquial, enviándose su producto a nuestra Secretaría de Cámara y Gobierno.

Acojan los Sres. Párrocos y Consiliarios la ocasión de la fiesta de Cristo Rey para promover entre sus feligreses la Tarjeta de Acción Católica, ordenada para sus socios por la Dirección central española de Acción Católica. Esta tarjeta debiera ser suscrita, no sólo por los miembros de Acción Católica, sino además por otras personas y aun entidades católicas que se interesan por la recristianización de nuestros pueblos. Invítenlas nuestros Párrocos a suscribirla, de la categoría que corresponda a su situación económica. Especial invitación hagan a las beneméritas Cooperativas Agrícolas, antiguos Sindicatos católico-agrarios, cuyo historial va tan vinculado a la Acción Católica y a las normas diocesanas de cooperación al establecimiento del Reino de Cristo en España.

Las Catequesis parroquiales y los Colegios prepararán especialmente a los niños para la Comunión en dicha festividad.

En la ciudad de Salamanca, celebraremos, D. m., Misa de Comunión general para todas las Ramas y Asociaciones de Acción Católica, a las 9 de la mañana, en la Catedral Vieja. Por la tarde se tendrá solemnísimos actos eucarísticos en la S. I. B. Catedral, al final del cual daremos la Bendición Papal con Indulgencia Plenaria.

Invitamos a estos actos a las cofradías, y a todos los fieles en general, y a los niños y niñas de los colegios y escuelas, y especialmente a las Asociaciones de Acción Católica.

Salamanca, 20 de septiembre de 1955.

† El Obispo.

**Aviso para los Sres. Sacerdotes a quienes corresponde
practicar los Santos Ejercicios en la tercera tanda,
10 a 15 de octubre de 1955.**

La tanda dará comienzo el día 10, y no el 9, como por error, se decía en la circular que recibieron anteriormente por correo.

También se pone en su conocimiento que, a las 12 en punto de dicho día 10, saldrá un autobús de la Plaza de Onésimo Redondo, en el que podrán trasladarse directamente, los que así lo deseen, a la Casa Diocesana de Ejercicios.

Dirección del Boletín

Nota sobre la Estadística del Clero de la Diócesis

Se ruega a los Sres. Sacerdotes y Comunidades establecidas en la Diócesis, hagan el favor de comunicar al Sr. Director del «Boletín», antes del día 1 del próximo noviembre, los errores u omisiones que hayan podido encontrar en la última Estadística publicada, con el fin de subsanarlos.

Administración Diocesana de la Santa Cruzada

A V I S O

Se ruega a los Sres. Curas que no hayan efectuado la liquidación de las Bulas, correspondiente a la predicación del presente año 1955, tengan a bien hacerla, o enviar los Sumarios sobrantes, con nota de la Parroquia a que pertenecen, a la vez que las matrices del Indulto de Reconstrucción de Iglesias, detallando las limosnas recogidas para este fin, antes del día 18 del próximo mes de noviembre.

De no hacerlo así, se entiende que han expendido todos los Sumarios enviados y se cobrará el importe total de ellos en la Habilitación.

Documentos de la Santa Sede

Discurso del Santo Padre en la inauguración de la Exposición de Fray Angélico en el Vaticano

(20 de abril de 1955)

*Mensaje profundamente religioso el que predicó con
su pincel a las generaciones venideras*

Al acoger en nuestra morada, en número tan notable, las obras maestras de fray Juan de Fiésole, Nos hemos intentado no solamente el tributar una singular muestra de admiración hacia el genio de quien supo elevarse a las cumbres supremas del arte inspirándose en los misterios de la fe, sino también reavivar el mensaje profundamente religioso y humano que él predicó con su pincel a las generaciones de su época y a las venideras, que ¡jamás se cansan de contemplar sus místicas visiones, donde la belleza y la armonía trascienden casi las fronteras de lo humano para abrirnos como un atisbo del cielo.

Ante todo, deseamos expresar nuestra más viva complacencia por el extenso movimiento de estudios que ha suscitado la celebración del quinto centenario de su muerte, estimulando a insignes críticos y escritores a profundizar y divulgar la figura y obra de Fray Angélico con apreciables publicaciones, en algunas de las cuales han aparecido a una luz nueva y más verdadera, la época y las corrientes del pensamiento y del arte que distinguieron la primera mitad del siglo XV, publicaciones que honran no sólo a las artes, sino también a la cultura en general y a la misma religión.

Expresamos además muy de corazón nuestra gratitud hacia todas y cada una de las personas dignísimas que, respondiendo con filial premura a nuestros deseos, se han esmerado para que las obras del Angélico, guardadas como inestimable tesoro en museos y galerías de diversas naciones, Nos fuesen enviadas con ocasión de esta feliz circunstancia, procurándonos a Nos mismo el placer de admirarlas y, al mismo tiempo, la alegría de poder mostrarlas a los hijos queridos que, provenientes de todo el mundo, visitarán la Ciudad Eterna en estos días.

*Perenne testimonio de la perfecta armonía entre la
religión y el arte*

La presente exposición es la primera y más importante colección que se hace en sus obras en un mismo lugar y precisamente en este palacio

apostólico, cuyos umbrales tan repetidamente atravesó el genio del excelso artista. El humilde y piadoso fray Juan de Fiésole vino aquí, como se sabe, en el período más maduro de su vida artística, llamado por nuestros predecesores, primero por Eugenio IV y luego por el gran mecenazas Nicolás V, a quien el Renacimiento debe muchos de sus primeros pasos, y dejando aquí, perpetuadas en sus paredes, algunas de las más vigorosas páginas de su mundo figurativo, para lustre y ornamento de esta residencia apostólica y para perenne testimonio de la perfecta armonía entre la religión y el arte. A distancia de cinco siglos, el homenaje que hoy se rinde al santo religioso y consumado artista reviste el significado de un merecido reconocimiento, que Nos con mucho gusto le tributamos entre otras razones, porque su memoria y su obra nos parecen en cierto modo unidas a nuestro pontificado, no poco trabajoso. Nos place recordar, entre otras cosas, nuestra visita realizada hace quince años a la basílica de Santa María sopra Minerva, que guarda religiosamente sus restos mortales; pero de un modo especial, Fra Angélico, a quien se puede llamar el pintor estático de María Reina de los cielos, nos recuerda el extraordinario favor concedido a nuestra pequeñez por la divina Providencia de haber podido honrar en diversas formas a la Madre de Dios; entre otras cosas, la de coronar con nuestras propias manos la imagen de la Virgen, como lo hizo él muchas veces, en el éxtasis del arte, en obras maestras que quedarán por siglos como icipos de belleza paradisiaca.

Columna de la cultura occidental

Ahora, la alta estima de Fra Angélico, de quien tantas obras tenemos ante nuestra vista, nos llevaría a presentar un estudio analítico sobre su arte, sin embargo, nuestro estado presente no nos permite sino tocar rápidamente algún aspecto más característico, dejando a los ilustres críticos el oficio y el placer de profundizar en algunas de estas cuestiones, que siempre han interesado a los cultivadores del arte desde que empezó a florecer y mucho más desde que se formó con método propio la ciencia de la historia y de la crítica del mismo arte. Constituye, en efecto, un sumo honor para Fra Angélico el haberse en todo tiempo impuesto a la admiración atenta de los estudiosos; y en verdad que él no puede ser olvidado por nadie que se disponga a recorrer los caminos reales a lo largo de los cuales se ha desarrollado la cultura occidental, de la que, sin duda ninguna, es él una columna, bien como intérprete de su época, bien como promotor del progreso de la misma.

*Pintor supremo, innovador, genial, eficaz, sincero
y perfecto*

Si en tiempos lejanos y aún ahora el juicio de los críticos se halla dividido en torno a él en diversas opiniones, éstas tocan tan sólo aspectos secundarios de su persona y de la génesis de su arte o también aspectos puramente interpretativos de éste; pero ningún hombre recto ha puesto jamás en duda los atributos esenciales que universalmente se le reconocen: el ser Fra Angélico un pintor supremo, de alta espiritualidad, innovador, genial, eficaz, sincero y perfecto. Con el correr de los tiempos se cambian también los gustos y maneras en los caminos del arte y por más que el buscar nuevas formas de expresión induzca con frecuencia las mentes a un cierto desprecio y olvido de lo antiguo, sin embargo, con Fra Angélico, como con los grandes y verdaderos genios, no ha habido época en que se haya menoscabado la alta admiración que despertó siempre entre los doctos y el pueblo. Bien es verdad que su arte va vinculado a un tiempo, pertenece a una determinada edad, tras la cual otras varias se han ido sucediendo; pero los desarrollos sucesivos no hay que considerarlos como una oposición a dicho arte, como si le hubiese faltado perfección o no hubiese llegado a su meta. Acordés están los estudios más modernos con este juicio esencial, quedando zanjada a su favor la cuestión tan debatida de si debe considerársele discípulo de la tradición gótica o más bien precursor del renacimiento humanístico. Fra Angélico estuvo siempre pronto y abierto para asimilar las nuevas corrientes renovadoras del arte, empeñándose en que éste conservara su carácter religioso tradicional dentro de su finalidad didáctica y ética. No hay duda alguna que él es uno de los eslabones más representativos en la labor de transición de la una a la otra época.

Leyenda, influencia e intención

De igual manera se ha esclarecido la verdad histórica, de su persona, sustrayéndola a una pia y religiosa leyenda popular según la cual habría de creerse que el fervoroso fraile pintó sus santos, como absorto en éxtasis incosciente, abandonando su mano a la guía de seres ultraterrenos. Mas esto no significa que su profunda religiosidad, su ascesis serena y austera, alimentada con virtudes sólidas, con plegarias y contemplaciones, no hayan producido en él un influjo determinado en orden a dar a la expresión artística ese poder de lenguaje con que llega directamente a los espíritus y, como se ha dicho muchas veces, el poder transformar en oración su arte, pues acostumbraba a repetir: «Quien hace cosa de Crisio, con Cristo debe permanecer siempre» (G Vasari:

«Vite dei più eccell. pittort, scult. ed arch.»; Firenze, 1878; t. 2.º, pág. 529).

Cuál fuese su dependencia de Giotto, o bajo qué aspecto o en qué manera haya influido sobre él Masaccio, o qué criterios lo guiasen para resolver los nuevos y arduos problemas a propósito de las teorías del espacio y de la luz que ya desde entonces se ventilaban; cómo, en fin, concibiese el retorno al clasicismo; ya fuese partidario de Cennini, que atribuía a la pintura el oficio de descubrir lo invisible, o más bien pensase con Alberti, que restringía su dominio a lo visible, o si había en él una intención explícitamente polémica contra la corriente neoplatónica, que ciertamente rechazaba, cuestiones son éstas que constituyen todavía el objeto de investigaciones que honran a cuantos se aplican a esclarecerlas.

Síntesis de la concepción tomista del universo

Con razón se ha considerado la sencilla piedad de Fra Angélico como la base esencial de su eficacia; pero un segundo fundamento hay que buscarlo en su cultura, es decir, en la doctrina sobre el universo, aprendida en la escuela de la filosofía perenne, a la que daba su adhesión con clara y tranquila certeza. Justamente han observado no pocos críticos que la doctrina tomística se refleja en sus cuadros, no sólo por el contenido, sino por el método, el estilo y la técnica. Diríase que Fra Angélico parte de la naturaleza, a semejanza del gran Doctor, cuando éste se apresta a exponer sus célebres «cinco vías»; él ama apasionadamente la naturaleza en cuanto es obra y reflejo de Dios. Sin embargo insiste en hacer resaltar el aspecto estético, más aun, parece como si pretendiese audazmente imprimirle su ideal de belleza vislumbrado en las devotas contemplaciones de su mundo sobrenatural. La visión de lo creado en su formalidad estética no aparece truncado ni parcial, puesto que para él la belleza se identifica con la verdad y con el bien, con lo que es santo, perfecto y casto, como sucede con las perfecciones divinas, de las que son reflejo las criaturas, perfecciones que no se distinguen realmente en Dios, sino más o menos explícitamente debido a la innata flaqueza del entendimiento creado.

En forma semejante, ha captado de la doctrina al Doctor Angélico la gran síntesis del universo, tan variado en los elementos que lo componen, y que, saliendo de Dios, retorna a El después de haber recorrido su camino, a manera de órbita fulgurante de armonía, de verdad y de santidad: síntesis que parece hallarse en las célebres composiciones en las que deliciosas figuras de ángeles, de santos, de monjas y de vírgenes hacen corona en torno al trono del Redentor y de su Madre.

Lirismo espiritual, técnica nítida y serena

Ciertamente, la pintura de Fra Angélico es siempre religiosa por los temas elegidos y por la manera y el método con que los trata. Acostumbrado a la tranquila disciplina monástica y solícito en todo momento de la perfección en sus intenciones, palabras y acciones, se esforzará por lograrla también en su técnica artística, que será, por consiguiente, nítida y serena. En su vida como en sus pinturas no habrá momentos dramáticos exteriores, pero sí luchas internas con plena sujeción al querer divino y con tranquila confianza en el triunfo del bien. La misma luz que difunde por el espacio y sobre los personajes no debe medirse tanto por la cantidad como por la calidad de su pureza; luz, en cuanto puede ser, celestial.

Sus narraciones son sencillas y escuetas, elaboradas como con el esfuerzo de los evangelistas. Sus personajes revelan siempre una intensa vida interior que deja transfigurados los semblantes, los gestos y los movimientos. Al narrar o mostrar al pueblo los divinos misterios, procede como experimentado «predicador» que era, procurando suscitar una admiración inmediata con los elementos descriptivos y decorativos, para luego hablar más sosegadamente a lo íntimo del alma. Pero cuando quiere suministrar materia de contemplación a sus propios hermanos, hechos a meditar las cosas celestiales, pone empeño en apartar todo objeto de distracción, a saber, las tonalidades fuertes de luz y de color, el bullicio de demasiadas figuras y gestos, dando en cambio relieve a sólo la interioridad; entonces los cuerpos se realzan con una diafanidad y agilidad supraterrena, los espacios se aclaran, las masas se empequeñecen y desaparecen las partes decorativas, tan de su gusto, como son los hermosos paisajes de su Toscana y las nuevas formas arquitectónicas creadas entonces por Brunelleschi. De donde nace un lirismo espiritual que brota de puras armonías internas, y que se hace aún más ligero en las celdas y corredores de su convento de San Marcos, en Florencia, cuyos muros por sí solos bastarían para cantar la gloria inmortal de un artista.

A su vez, en el «estudio» de Nicolás V y otros grandes cuadros de altar recurrirá al estilo monumental, pero sin exceder la medida que le consiente su plan, convertido ya en un indefectible canon de expresión, de hablar de las cosas divinas con un lenguaje verdadero y comprensible, aunque digno de Dios y de sus santos.

Mensaje perenne de cristianismo vivo

Pero ¿a qué mira sustancialmente el lenguaje pictórico que Fra Angélico dirige a los hijos de su siglo y los siguientes? Por una parte, intenta inculcar las verdades de la fe persuadiéndoles con la fuerza de su

belleza; por otra, se propone iniciar a los fieles a la práctica de las virtudes cristianas proponiéndoles ejemplos amables y atrayentes. Por esta segunda finalidad, su obra se convierte en un mensaje perenne de cristianismo vivo y, bajo cierto aspecto, también en un mensaje altamente humano, fundado en el principio del poder elevador de la religión, en virtud del cual el hombre que se pone en contacto directo con Dios y sus misterios se hace semejante a El en la santidad, en la belleza, en la bienaventuranza; es decir, se convierte en un hombre conforme a los designios primitivos de su Creador. El pincel de Fra Angélico da así vida a un tipo de hombre modelo, no desemejante a los ángeles, en el que todo está equilibrado, sereno y perfecto: modelo de hombres y de cristianos que acaso rara vez se encuentran en las condiciones de la vida terrena, pero que debe proponerse a la imitación del pueblo. Contémplese atentamente a los santos que rodean a Cristo y a la Virgen o también los personajes anónimos de sus narraciones. No demuestran incertidumbres ni torturas de orden intelectual; todos gozan de la tranquila posesión de la verdad, a la cual han llegado por conocimiento natural o por fe sobrenatural. Su voluntad está enderezada hacia el bien; las pasiones, las reacciones, los sentimientos que los embergan, como humanas criaturas que son, aparecen siempre templados por un dominio interno del alma. El llanto sagrado por la muerte del Redentor es ciertamente un dolor acerbo, pero no una congoja desesperada; la alegría de los bienaventurados no se puede llamar aún entrega a un júbilo incontenible; la austeridad de los penitentes se muestra sin sombra de angustia; la meditación concentrada de Santo Domingo es muy distinta de la abstracción estática, que anularía la personalidad del hombre; enseñoreada por el esforzado temple de ánimo se presenta la vehemencia del Bautista. Esta moderación en las pasiones y en los sentimientos quiere predicar Fra Angélico a las almas cristianas.

Bondad positiva en todas sus figuras

Una bondad positiva rodea además toda figura, sean ángeles, religiosos, santos o gente del pueblo. Sus «madonnas» exhalan una bondad maternal, aunque aparezcan sentadas en la majestad monumental del trono. Aun el ángel, con haber recibido de Dios el terrible encargo de expulsar del edén a los primeros padres, encuentra modo de apoyar la mano, libre de la espada, sobre el hombro de Adán; diríamos que trata de infundirle ánimo y esperanza. Hasta los inicuos jueces y verdugos de los mártires no carecen de cierta bondad, tal vez considerándose como instrumentos de la gloria de Dios.

Diríase más bien que él mismo se declara impotente para dar vida y relieve a la maldad. Forzado a veces a dar lugar en su mundo artístico

al tenebroso elemento de la realidad humana, evita lo más posible su visión directa, como puede verificarse en el «Martirio de los santos Cosme y Damián» y en el «Juicio final», en los cuales la turba de precitos viene atribuida por no pocos a otros artistas de su escuela.

El hombre en el mundo de Fra Angélico no puede ser otro que el hombre real, que no es naturalmente bueno ni santo; puede, con todo, llegar a serlo, ya que la santidad es fácil y atractiva, pues Jesucristo, cuyo sacrificio tantas veces llenó al arte, murió por ella; su Madre Santísima es su excelso modelo, y los santos mismos gozan por haberla adquirido, y los ángeles se deleitan viviendo en conversación y trato con los santos.

En las virtudes que él presenta, con el fin de atraer a ellas nuestras almas, no hace resaltar tanto el esfuerzo de su conquista cuanto la dicha que resulta de su posesión y la nobleza de quien las posee. De este modo, la profunda humildad de la Virgen ante el arcángel San Gabriel se revela en su rostro con una expresión de realeza que es la misma que lo ilumina al momento de ser coronada por mano de su Hijo; por eso en las dos situaciones el gesto de la Virgen es igualmente regio, salvo la ligera turbación en el primero y una alegre sonrisa en el segundo. En el juicio de San Esteban se hallan frente por frente la virtud y la pasión: la primera, con las vestiduras de reo; la segunda, con los atributos de juez. Pero el reo humilla al poderoso, sentado en el trono, con la impávida firmeza de su fe.

Panegirista de las virtudes cristianas

Fra Angélico es insuperable cuando hace el panegirico de las virtudes cristianas; cuando el elogio se convierte en poema, es en el fresco maravilloso que puede definirse la apoteosis de la pobreza y de la desgracia, sobrellevadas con espíritu cristiano. El ciego, el paralítico, el leproso, la viuda y los mendigos que rodean al santo diácono Lorenzo recaban de la fe cristiana, que los envuelve, un esplendor y una dignidad que los mismos harapos no pueden ofuscar. Tal vez uno de tantos ángeles deliciosos que pueblan sus cuadros no figurarían mal entre el grupo de esta gente, pobre de bienes pero rica de serenidad y de esperanza.

Si bien es verdad que el mundo pictórico de fray Juan de Fiésolle es un mundo idealizado, donde se respira un aura de paz refulgente, de santidad, de armonía y de gozo, cuya realidad pertenece a un mundo futuro en el que, renovados cielo y tierra, triunfará la justicia final (cf. 2 Petr., 3, 13), con todo, este delicado y dichoso mundo puede desde ahora vivir en el secreto de las almas, y por eso se le presenta a ellas, invitándolas a entrar en él. En esta invitación nos parece que consiste el

mensaje de Fra Angélico ha traído con su arte, confiado en que sería el modo más apto y eficaz para su difusión.

Ciertamente, al arte como tal no se le exige una explícita misión ética o religiosa. El arte como expresión estética del espíritu humano, si lo refleja en su verdad íntegra o, al menos, no lo deforma positivamente, es de suyo cosa sagrada y religiosa en cuanto interpreta la obra de Dios; mas si su contenido y su finalidad son los que Fra Angélico escogió para su arte, entonces se eleva a la dignidad de ministro de Dios, reflejando un mayor número de perfecciones.

La novedad no siempre es un valor

Quisiéramos aquí señalar a la pléyade de artistas, que tanto amamos, las excelsas posibilidades del arte. Porque si la expresión artística con gestos y eandencias, produjese falsos espíritus, vacíos y turbulentos, es decir, no conformes a los planes del creador, más bien que ennoblecer la mente y el corazón con sublimes sentimientos, los excitaría a las más vulgares pasiones y hallaría, sí, acogida en algunos amantes de la novedad, que no siempre es un valor, y de la mínima parte de verdad que toda expresión formal contiene; pero un arte tal se degradaría y envilecería a sí mismo, renegando su aspecto esencial y primordial, no sería universal y perenne como es el espíritu humano, al que se dirige.

Invitación a recoger su mensaje religioso y humano

Al tributar nuestro homenaje al artista sumo y al invitar a nuestros amados hijos a acoger, como recibido de la Providencia, el mensaje religioso y humano de fray Juan de Fiésole, nuestro pensamiento no puede apartarse de la consideración ansiosa del mundo presente en que vivimos, tan diverso del que él describió en sus maravillosos cuadros, donde se hallan selladas con arte exquisito las más verdaderas y sublimes aspiraciones del hombre.

Hacemos, por tanto, fervientes votos a fin de que el soplo de la cristiana bondad, de la serenidad y armonía divinas que se desprende de la obra del Angélico invada los corazones de todos, mientras concedemos de corazón, como mensajera de abundantes gracias celestiales nuestra paternal apostólica bendición.

Pontificia Comisión de Arte Sacro

Fallo de la Pontificia Comisión de Arte Sacro acerca de los proyectos de ornamentación de la Basilica de Nuestra Señora de Aránzazu

Consultada la Pontificia Comisión Central para el Arte Sacro, a petición del Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de San Sebastián, Dr. Font Andreu, sobre los proyectos de pinturas, esculturas y vidrieras aportados con objeto de la ornamentación de la nueva Basilica de Nuestra Señora de Aránzazu, ha emitido el siguiente fallo:

PONTIFICIA COMISION CENTRAL
PARA EL ARTE SAGRADO EN ITALIA

EL PRESIDENTE

—
Prot. n. 34794/E.

Roma, 6 junio 1955
Palazzo della Cancellaría
Apostólica
Piazza della Cancellaría, 1

Excelencia Reverendísima:

Esta Pontificia Comisión ha examinado ponderadamente el proyecto de la nueva Basilica de Aránzazu, habiendo interrogado al efecto a artistas y estudiosos particularmente competentes en liturgia, arquitectura y artes decorativas.

Esta Pontificia Comisión, que cuida del decoro del Arte Sagrado según las Directivas de la Santa Sede, tiene el dolor de no poder aprobar los proyectos presentados.

No se discuten las buenas intenciones de los proyectistas, pero se concluye que han sufrido extravío por la corriente modernista, que no tiene cuenta alguna de los preceptos de la Santa Iglesia en materia de Arte Sagrado.

Aprovecho muy gustoso la ocasión para presentar a V. E. Rvdma. devotos y respetuosos saludos.

(firmado) GIOVANNI COSTANTINI.
Arzobispo titular de Colosse.

A Su Excelencia Rvdma. Mons. JAIME FONT ANDREU, Obispo de (España) San Sebastián.

* * *

PONTIFICIA COMISION EPISCOPAL
PARA EL ARTE SAGRADO EN ITALIA

EL PRESIDENTE

Exposición sobre el proyecto de escultura y pinturas para el Santuario de Aránzazu

El propósito de los artistas de «conjugar estrechamente los elementos que conforman el espacio religioso: arquitectura, pintura y escultura» es verdaderamente digno de alabanza. También el tema iconográfico de la cripta, de la iglesia y de la fachada es lógico y merece ser aprobado.

Pero se deben hacer muchas reservas sobre los modelos propuestos.

La iglesia debe aparecer iglesia, *nunca asimilable a un edificio profano*. Tal es la admonición de la Instrucción sobre el Arte Sagrado emanada del Santo Oficio del 30 de junio de 1952. La iglesia en cuestión, a primera vista, puede parecer una fortaleza más que una iglesia. La construcción en puntas de diamante no tiene una razón de ser ni funcional ni decorativa en una iglesia. Falta también la cruz en lo más alto. La escultura es llevada hacia «las formas elementales»; pero la escultura debe ser clara, funcional, esto es, debe expresar el pensamiento con formas correctas. Eso lo requiere también la dignidad de los temas. El Santo Padre Pío XII, en la Encíclica sobre la Liturgia, recomienda la modernidad, pero condena las aberraciones (1).

(1) «No se deben despreciar y repudiar genérica y sistemáticamente las formas e imágenes recientes, más adaptadas a los nuevos materiales con los cuales hoy se confeccionan; pero evitando con sabio equilibrio el excesivo realismo y el exagerado simbolismo por otra parte, y habida cuenta de las exigencias de la comunidad cristiana, más bien que del juicio y del gusto personal de los artistas, es absolutamente necesario dar libre campo también al arte moderno, si con la debida reverencia y el debido honor se pone al servicio de los sagrados edificios y de los sagrados ritos; de manera que también él pueda unir su voz al admirable cántico de gloria que los genios han cantado a la fe católica en los pasados siglos. No podemos menos, sin embargo, por Nuestro deber de conciencia, de deplorar y reprobar las imágenes y formas introducidas recientemente por algunos, que parecen ser depravaciones y deformaciones del verdadero arte, y que a veces repugnan abiertamente al decoro, a la modestia y a la piedad cristiana, y ofenden lamentablemente al genuino sentimiento religioso; las

El capricho en la invención; el abuso de esquemas extraídos de las más académicas teorías cubistas y surrealistas, es fingido barbarismo, la voluntad de chocar y desconcertar, no logran más que un ejercicio mecánico, una composición estereotipada, sin valor y sin vida, una idea asfixiante del espacio, un movimiento sin ritmo, una fraseología discontinua y fastidiosa. Las varias composiciones no presuponen un orden, una coherencia formal y funcional, se siguen unas a otras y se sobreponen en actitudes amaneradas, cuya única expresión en la insistencia poco menos que violenta de algo grotesco, entre especial y macabro, que mal se compagina con la gracia de María Santísima.

Esta retórica modernista, imbuída de falso medioevo, no responde en modo alguno a la insuperable necesidad de relatar cosas sagradas con sencillez y que hablen por sí mismas a los peregrinos devotos, los cuales quedarían más turbados que persuadidos, más distraídos que recogidos en la pura contemplación.

Estos muros de prisión y de fortaleza, esos clavos de cofre antiguo, esas intencionadas deformaciones no son, en último término, sino estériles esfuerzos pseudo-intelectuales para encubrir una absoluta carencia de auténtica fantasía y de operante fe.

Teniendo presentes estos principios, la fachada de la iglesia y las figuraciones plásticas o pictóricas no pueden ser aprobadas.

Especialmente la visión frontal del ábside es confusa, algo que pugna con la iconografía cristiana, y carente de aquel sereno sentido decorativo que debe embellecer la iglesia. La esquematización de los Santos carece absolutamente de decoro.

Las pinturas de la parroquia del Rosario (1) aun resistiéndose de un estilo sumario y un poco farragoso, especialmente en el cuadro central, pueden admitirse.

En la Asunción de la parroquia de Abarilla (1) ciertas figuras y especialmente el hombre con el buey, son demasiado sumarias.

Esta Pontificia Comisión aprecia todas las sanas formas de la modernidad del Arte Sagrado, pero no puede avalar ciertas formas extravagantes que se hallan en absoluto contraste con la Instrucción del Santo Oficio.

tales se deben mantener absolutamente alejadas y excluidas de las iglesias, como «en general, cuanto no se halle en armonía con la santidad del lugar».
(*Pío XII — Enciclica «Mediator Dei» — 20 nov 1947*).

(1) Se hace referencia a otras obras pictóricas de los mismos artistas que acompañaban a la Memoria.

Nunciatura Apostólica

Carta sobre las aberraciones en el Arte Sacro

Madrid, 22 de julio de 1955.

Excelencia Reverendísima:

Son de todos conocidas las aberraciones en materia de Arte Sacro que han hallado complaciente hospitalidad en exposiciones privadas y públicas y que, mientras hacen monstruosa o ridícula la figura de cosas y personas sagradas, han tenido no obstante, en algunos casos, acceso incluso a los templos, profanando la Casa de Dios.

La difusión de las aludidas deformaciones demuestra suficientemente cuán oportuna y puntual ha sido la conocida Instrucción sobre el Arte Sagrado, dada por la Suprema Sagrada Congregación del Santo Oficio, con fecha 30 de junio de 1952.

Lo comprueban las recientes medidas tomadas por la Santa Sede, para impedir profanaciones de esta índole en el Santuario de Nuestra Señora de Aránzazu, en Guipúzcoa.

Si bien es consolador comprobar la dócil correspondencia de los buenos tanto en ésta como en otras intervenciones de la Santa Sede, en materia tan grave, hay, sin embargo, que deplorar todavía que ella no ha sido acogida con igual eficaz acatamiento, sea por parte de algunos artistas, sea de algunas personas o Entidades, a las cuales corresponde autorizar la ejecución de obras de arte destinadas a lugares de culto.

Cumpliendo el venerado encargo de la susodicha Suprema Congregación, recuerdo a Vuestra Excelencia Reverendísima, la necesidad urgente de ilustrar convenientemente al Clero, especialmente en el Seminario, a los artistas y al pueblo católico de esa Diócesis, sobre las graves razones que han movido a la Santa Sede a reiterar sus advertencias y directrices tan importantes para tutela de la fe y de la piedad cristiana; advertencias y directrices que, por otra parte, no cierran del todo el camino a las serias manifestaciones de un verdadero arte sacro moderno.

En particular, las organizaciones diocesanas (Comisiones de Arte Sacro, que debieran ser constituidas donde todavía no existan, incluso llevando a las mismas expertos de otros lugares) capacitadas para la fiel ejecución de las antedichas normas, en las diversas diócesis tendrán a bien cuidar que los encargos de obras de arte sacro jamás sean confiados a artistas que, carentes de fe o faltos de buena voluntad para la observancia de las directrices de la Iglesia, no ofrezcan suficientes garantías en este terreno.

De modo especial, V. E. no omita la vigilancia, en cuanto sea posible, de la organización de eventuales exposiciones de Arte Sagrado que pue-

dan tener lugar en esa Diócesis, procurando no se participe en modo alguno en las mismas, sino las encontrase conformes al espíritu de la mencionada Instrucción.

Mucho habré de agradecerle tenga la bondad de darme amplia y precisa información del programa que haya trazado V. E. respecto al exacto cumplimiento de las normas contenidas en la Instrucción del Santo Oficio y de los resultados hasta ahora conseguidos.

Aprovecho esta ocasión para ofrecerme sinceramente a Vestra Excelencia Reverendísima.

atento seguro servidor,
† HILDEBRANDO ANTONIUTTI
N. A.

*Excmo. y Revmo. Sr.
Obispo de Salamanca*

Acción Católica

Asamblea General Diocesana

En los días, 29, 30 y 31 del próximo mes de octubre, se celebrará en Salamanca la *Asamblea General Diocesana de Acción Católica*.

Esperamos que esta concentración y reuniones del Apostolado jerárquico de la Diócesis resultarán muy provechosas para las actividades y objetivos que la A. C. tiene encomendados, y que serán numerosos los miembros de la misma que, tanto de la ciudad como de los centros parroquiales de los pueblos, acudirán a los actos públicos que se organizan.

En especial la jornada del día 30, fiesta de Cristo Rey, será el gran día de la Asamblea y todos los fieles se unirán a la A. C. y al Excelentísimo y Rvdmo. Prelado para el más espléndido fruto de los trabajos apostólicos.

Los actos de ese día serán:

A las nueve de la mañana, en la Catedral Vieja, Misa de comunión general para todos los miembros de la A. C. y asociaciones adheridas.

A las doce, en un teatro de la ciudad, acto público en el que interviendrá una destacada personalidad de la Junta Técnica Nacional.

A las seis de la tarde, en la S. I. B. C., solemne *Hora Santa*, bajo la presidencia del Prelado, el cual dará al final la Bendición Papal con indulgencia plenaria.

Las reuniones reglamentarias de estudio de la Junta Diocesana y de las Uniones diocesanas de las Ramas, se tendrán principalmente en los días 29 y 31, clausurándose la Asamblea este último día a hora que permita el regreso de los asambleístas a sus residencias en la misma tarde.

El Delegado Diocesano

Secretariado Diocesano de Misiones

El DOMUND, 23 de octubre

El DOMUND de este año trae para todos un bello mensaje: se titula DOMUND DE LA ESPERANZA. ¿Por qué? Porque los misioneros, que propagan la fe, llevan al mismo tiempo la esperanza a millones de hombres. Y porque del frente heroico de las Misiones, del admirable temple de las cristiandades jóvenes, del ejemplo emocionante de las Misiones del silencio, nos llega a nosotros, los viejos católicos, un aire nuevo, que reenciende nuestra esperanza.

El DOMUND se ha convertido ya en la gran fiesta de la catolicidad. Y los fieles lo saben. Sin embargo, puede ocurrir que el DOMUND no haya sido del todo comprendido, que para alguien fuera una festividad llevada a la Parroquia de «fuera a dentro». Una realidad impuesta por la propaganda. Una celebración obligada por las disposiciones del Prelado. Algo que es ajeno a las íntimas preocupaciones cuando no al mismo espíritu de la Parroquia.

Fácilmente se comprende que, entendido así el DOMUND, su celebración, por brillante que sea en apariencia, arrastrará en el fondo el lastre sutil de lo forzado, de lo importuno. Habrá prisa por celebrarlo y un íntimo deseo de que pase pronto para que la Parroquia vuelva de nuevo al cauce de su vida propia. En estas condiciones el DOMUND no puede dejar huella. Se ha convertido en una espléndida colecta, en una intensa pero esporádica atención espirital a problemas ajenos; pero sin apreciable beneficio para la Parroquia.

Muy otros son los efectos del DOMUND cuando su celebración procede de «dentro a fuera». Cuando es una expresión de la más íntima preocupación sacerdotal y parroquial; los intereses de Dios y de la Iglesia, el triunfo definitivo del Reino de Cristo, el total desarrollo de su Cuerpo Místico. A esta finalidad universal tienden, deben tender, todos los actos fundamentales del sacerdote, toda actividad parroquial.

La Parroquia no tiene razón de ser sino como parte integrante de una Iglesia universal. En el misionerismo de la Iglesia hay que buscar el origen, la razón de ser de la Parroquia. La Parroquia y la Iglesia: la parte y el todo. Y la parte ha de subordinarse al todo.

Por eso, el DOMUND, la gran festividad de la Universalidad de la Iglesia, no es ajeno en absoluto a los intereses de la Parroquia. La propaganda, las disposiciones del Prelado tienen como fin recordar estas verdades, despertar la conciencia misionera, pero no son el motivo del DOMUND. El verdadero motivo hay que buscarlo en esa íntima conexión entre la Parroquia y la Iglesia.

Cuando el DOMUND se entiende así, cuando surge como una con-

secuencia del espíritu parroquial, sus frutos son distintos, más provechosos para la Iglesia y para la Parroquia.

Además de la oración y la colecta, el DOMUND habrá conseguido hacer más cristianos a los feligreses, estrechando los vínculos que los unen a la Parroquia, convirtiéndolos en elementos más activos y eficaces del desarrollo del Cuerpo Místico de Cristo.

Nota: La colecta mandada por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo se ha de entregar, como en años anteriores, en el Secretariado Diocesano de Misiones, San Pablo, 19. Salamanca.

Crónica General

Fallecimiento del Excmo. Sr. Obispo de Vich

En los últimos días del pasado mes de Julio falleció en Vich el Obispo de aquella diócesis Excmo. y Rvdmo. P. Juan Perelló Pou, de la Congregación de los Sagrados Corazones.

Contaba 85 años de edad y había sido nombrado Obispo de Vich en enero de 1927.

R. I. P.